

RESEÑAS

Alfredo Molano

Desterrados. Crónicas del desarraigo

BOGOTÁ: EL ÁNCORA EDITORES, 2001, 183 PÁGS.

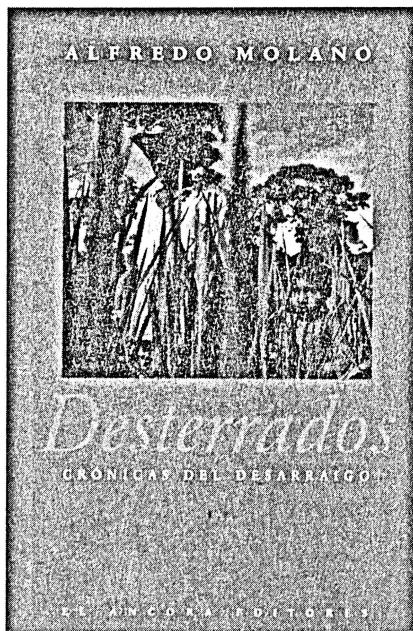
Por: Álvaro Román Saavedra

Con el estilo peculiar al que nos tiene acostumbrados el sociólogo Alfredo Molano, nos narra a través de historias reconstruidas el desarraigo de colombianos que de la noche a la mañana se ven expuestos a toda clase de presiones y acciones violentas emprendidas por grupos armados que imponen su propia ley. La alternativa es clara: o emigran o mueren asesinados. Puede más el miedo que la lucha por sobrevivir en el lugar donde se construyó una vida llena más de satisfacciones que de frustraciones. No queda otra alternativa que abandonar la tierra que les dio soporte económico y emocional. La pertenencia construida día a día con la familia y los amigos se pierde dolorosamente al salir desplazados a lugares inciertos. Se debe entonces construir una nueva vida en la adversidad y en la incertidumbre. La desesperanza es el norte en medio de la nostalgia. En ocasiones puede más el arraigo al lugar de origen, y algunos prefieren retornar, no obstante el peligro de ser físicamente eliminados.

En la primera crónica "Desde el exilio", Molano nos cuenta cómo él mismo ha sido víctima del autoritarismo de los paramilitares, por denunciar con admirable valor sus fechorías en pueblos y regiones de Colombia. Demuestra cómo el paramilitarismo ha sido un obstáculo real en representación de quienes no están interesados una salida civil al conflicto armado. Pero también muestra los hechos de confrontación territorial por los cultivos de coca y amapola que involucra de diferentes maneras a narcotraficantes, paramilitares, militares y guerrilleros en una guerra alimentada por el narcotráfico.

En varias zonas de colonización y pueblos de las distintas regiones de Colombia, se han asentado a lo largo de muchos años hombres y mujeres esperanzados en construir un futuro mejor para ellos y sus descendientes. Las alegrías, las satisfacciones y la prosperidad como resultado del trabajo constante, se convierten inesperadamente en frustraciones, desconcierto, miedo y huida, como pasa en el relato de "La derrota", al tener que salir a cualquier sitio dejando el fruto del esfuerzo tirado por la acción de los grupos en armas que exigen, bajo intensas amenazas, lealtades imposibles de cumplir.

En el candor del relato "Ángela" se percibe la desazón de una niña que creció en la libertad del campo entre quebradas, anima-



les y juegos con otros niños, y que por presión de los paramilitares se vino a la capital con su madre. Aquí con nostalgia rememora su tierra natal ante las carencias de todo tipo. Sus progenitores sobreviven como pueden con la ansiedad de no tener nada y de querer volver donde dejaron todo.

En el relato "Los silencios", se nos muestra el pavor de la guerra en vivo por las balas cruzadas, las explosiones de las bombas y los vuelos rasantes de los helicópteros que ametrallan sin compasión; pero también se nos muestra el impacto sobrecededor del asesinato en frío de personas señaladas de ser cómplices de la guerrilla. A esto se agrega la ilusión endemoniada que algunos tuvieron de querer acumular dinero mediante el cultivo de la marihuana, agudizando el conflicto e incrementando las muertes. Igual ocurrió, según el relato de "El barco turco", con el cultivo de la coca que empeoró las cosas y con las acciones sin nombre por la crudidad inusitada de los paramilitares y la destrucción del pueblo por parte de la guerrilla. Allí "Toño", siendo niño no pudo ser niño, arrastrando las desgracias de la guerra y el desplazamiento forzado.

En el relato de "El jardín", la ilusión de una vida sin angustias ni dificultades —mezclada con ambición desmedida— llevó a los protagonistas al cultivo de la amapola, sembrando simultáneamente la desgracia al ser víctimas finales de exigencias cruzadas y engaños de *paras* y guerrilleros.

La protagonista del relato "Osiris" cautiva por su personalidad y la fortaleza para el trabajo, y por su sorprendente voluntad de llevar la vida así no la viva, después de padecer con dolor infinito el asesinato de su compañero y de dos de sus hijos, de amigos queridos y de vecinos de su barrio. Amenazada de muerte por los *paras*, buscó nuevos rumbos en la ciudad de Bogotá con el propósito expreso de proteger la vida de los hijos que le quedaban, abandonando desconsolada el trabajo de años representado en la casa donde vivió los mejores años. El frío, el hambre y las necesidades apremiantes se volvieron el pan de todos los días, hacinada en un cuarto con muchos otros desplazados de su tierra.

En el relato "Nubia, la catira", se expresa la situación de niñas que crecieron en pueblos sin presencia del Estado, viendo guerrilleros, intimando con ellos y apreciándolos por sus labores sociales y de apoyo a la comunidad. Esa familiaridad los comprometía a todos como amigos o simpatizantes de la guerrilla. Tarde que temprano llegaron los paramilitares con exguerrilleros de informantes que señalaban a dedo una a una las personas que habían sido colaboradoras, que eran inmediatamente asesinadas a la vista de los habitantes del pueblo reunidos en la plaza. A esta situación desoladora se agrega después la toma del pueblo con su consecuente destrucción por tierra, a manos de la guerrilla, y por aire, a manos de la Fuerza Aérea Colombiana, sin importar el daño a la población civil. La desgracia de Nubia, además de haber perdido a su compañero, fue el convertirse de ganadera en desplazada, llegar a Bogotá y encontrarse con personas derrotadas en barrios de desplazados de otras ciudades o pueblos, porque allí también llegan los *paras*.

No obstante haberse ubicado en el exterior por las insoportables presiones de sus enemigos, Molano expresa solidaridad con los colombianos exiliados en su propio país cuando dice: "Creo, con ellos, que sólo un acuerdo político profundo permitirá echar las bases de una verdadera democracia; la guerra no tendría resultado distinto a la dictadura de los vencedores" π